

# A ORILLAS DEL ARNOIA

Toño Prado



Queda prohibida la reproducción parcial o total de este texto sin el consentimiento explícito del autor.

© Toño Prado

© Ermitas Prado (imagen de portada)

Diseño de portada: Jana Marín

# CAPÍTULO PRIMERO. BREVE INTRODUCCIÓN HISTÓRICA.

Alguien me dijo en una ocasión que si era capaz de cerrar los ojos con mucha fuerza y visualizar con claridad todo aquello que deseaba, cuando los abriera de nuevo, todo mi mundo habría cambiado transformando mi fantasía en una nueva realidad. Y así lo hacía. Todas las noches me escondía entre el blanco angelical de mis sábanas desafiando la tenebrosa oscuridad de mi habitación y, con el único ruido de un par de grillos cantando en el enorme campo que rodeaba mi casa, cerraba los ojos con toda la fuerza que podía. Era entonces cuando la misma imagen invadía mi mente noche tras noche, una imagen en la que corría con mis hermanos por el campo que había detrás de nuestra casa, mientras nuestros padres nos esperaban sentados en el patio, riendo, disfrutando de cómo sus hijos jugaban y retozaban entre las altas espigas de un maíz ya maduro en la época del año en la que nos encontrábamos. Aquella imagen daría paso a una nueva a la que cada día se iba uniendo más gente. Gloria, mi mejor amiga desde que nací, se convirtió, no sé muy bien si producto de mi subconsciente, en el centro sobre el que giraba toda mi visión, todo mi deseo. Pasé toda mi infancia con la misma imagen noche tras noche, deseando cada día con más fuerza que todo mi mundo se transformase en aquello que soñaba. Con el tiempo descubrí que los sueños no siempre se hacen realidad, o no al menos como quisiéramos.

Tenía tan sólo cinco años cuando, el 14 de abril de 1931, se proclamó la II República Española. El movimiento liberal impulsado por los republicanos con motivo de las elecciones municipales de aquel año, había acabado con casi ocho años de dictadura del general Primo de Rivera, obligando al Rey Alfonso XIII a exiliarse a tierras francesas. Todavía hoy recuerdo aquel día, mi madre y yo íbamos de camino a la feria a Xunqueira de Ambía. Ella, de oficio costurera, tenía intención de ir a la mercería a buscar hilos y tejidos para sus nuevos diseños. Yo, como siempre, acudía a su lado, cantando y haciendo todo tipo de preguntas sobre cada nuevo elemento que mi, ya por aquel entonces, inquieta mente iba descubriendo a su alrededor. Nada más entrar a Xunqueira de Ambía, el ambiente que se respiraba había transformado el día gris y turbio con el que nos habíamos despertado en uno soleado y alegre.

La mercería de Xunqueira de Ambía pertenece a Rosa, una mujer de mediana edad, ciega de un ojo desde que nació y vestida siempre con una túnica negra en señal de luto por su marido, fallecido en el frente aliado en la I Guerra Mundial. Cuando entrabas en el local, un olor a viejo y humedad invadía tus sentidos. Sobre el mostrador, colgado en la pared, tenía una fotografía del monarca recién exiliado. Al fondo, escondido entre una improvisada cortina de papel, emergía la figura de un santo al que rodeaban cinco cirios de color blanco formando un semicírculo a su alrededor. Como ya era de esperar, Rosa era de las pocas personas en todo el pueblo a la que la noticia del día no había hecho nada feliz.

Nos atendió con un semblante serio, casi tan serio como el de mi madre, a la que la noticia tampoco había caído demasiado bien. Apenas intercambiaron un par de palabras y ninguna de ellas sobre política. Sólo cuando salimos de allí, la cortina del fondo se abrió y tras ella apareció José, el hijo mayor de Rosa.

- ¡Viva al Rey! – exclamó.

Nosotros ya estábamos en la puerta cuando lo oímos. Mi madre se paró un segundo antes de salir completamente. Yo, cogido de su mano, la miraba desde mi poco más de medio metro de estatura. Emitió un pequeño suspiro y, sin girarse en ningún momento hacia Rosa ni hacia su hijo, iniciamos nuestro camino de vuelta a casa.

Siempre se ha dicho que acostumbrarse a los cambios no es una tarea sencilla. Hasta aquel entonces, mis padres, habían sido testigos de muchos cambios en un corto espacio de tiempo, si bien es cierto que, como la ilusión que había generado en la gente aquel que estábamos viviendo, ningún vecino de la parroquia era capaz de recordar alguno.

Pasamos aquellas dos primeras semanas del nuevo régimen en la incertidumbre propia de los cambios. El miedo al qué pasará o cómo irán las cosas chocaba de frente con la alegría, en algunos casos desmesurada, de la gente en las calles del pueblo.

Cada principio de mes, mi madre aguardaba impaciente la llegada del cartero con noticias de mi padre. Él, junto con el padre de Gloria y otros

hombres de la parroquia, habían marchado ya hacía un par de años a tierras de Castilla y Portugal en busca de un mejor porvenir comerciando con todo lo que llegaba a sus manos. Junto con la carta, algunos billetes de lo que había podido ganar aquel mes y, de vez en cuando, algún juguete utilizado que encontraba en alguna calle desechado por algún niño rico y que mis hermanos y yo recibíamos como si de oro se tratase.

Aquel mes de mayo la carta se retrasó más de lo habitual, lo cual provocaba la preocupación e inquietud de mi madre, que iba en aumento según iban pasando los días sin recibir noticias de mi padre. Finalmente, tras quince días pasado principio de mes, mi madre recibió un paquete. Sobre la caja sólo una dirección, la nuestra, no había remitente. Conscientes de que podría ser de mi padre, corrimos hacia la cocina con el paquete en las manos. Mi madre cogió unas tijeras que guardaba en un cajón y abrió la caja. Yo, de rodillas sobre el banco del comedor, intentaba ser el primero en descubrir qué contenía aquel paquete. En su interior había un muñeco de trapo de cuyo cuello prendía un colgante de oro con una pequeña medalla. Una de las caras de la medalla dibujaba la figura de la Virgen de los Milagros, la otra, una fecha, la de mi nacimiento, acompañada de mi nombre. Fue el mejor regalo que había recibido hasta la fecha, por lo menos el único que verdaderamente sentía que había sido preparado para mí, sólo para mí.

Mientras yo todavía no era capaz de creer lo que mis emocionados ojos estaban viendo, mi madre me observaba desde el banco del fondo con una sonrisa abrazada a la carta de mi padre como si le hubieran arrancado la vida y hubiera vuelto a nacer en unos instantes.

Aquella noche me puse el colgante para salir al pueblo y nada más encontrarme con Gloria se lo mostré. Nuestras madres intercambiaban las alegrías propias de los días de buenas noticias mientras nosotros jugábamos al lado de la fuente.

Era casi medianoche cuando un grupo de hombres con rostro enfurecido y desencajado, armados con garrotes y antorchas cruzaron el pueblo. Con cánticos y vítores pusieron rumbo al camino que sube a Vilameá. Nuestras madres, desde la distancia, no perdían detalle de lo que oían al tiempo

que la voz de aquellos hombres se perdía cada vez más en la distancia y la luz de sus antorchas se mezclaba con la de las estrellas mientras alcanzaban la cima de la montaña. Gloria y yo, mientras tanto, seguíamos jugando sin darle importancia alguna a lo que parecía preocupar tanto a nuestras madres. De repente, los cánticos de aquellos hombres se enmudecieron, sus antorchas se apagaron.

- ¡Callaos! – nos gritó mi madre.

Obedecimos sin rechistar, cambiando nuestro rostro alegre de hacía tan sólo unos segundos por uno víctima del miedo por la preocupación que veíamos en el rostro de nuestras madres.

En medio de aquel asfixiante silencio, de repente, una llama se abrió en el cielo como si de una anunciación divina se tratase. Los gritos de victoria contra la iglesia promulgados por aquellos hombres abrirían el camino a nuevas llamas de odio con las que pretendían reducir a cenizas cualquier rastro visible de la iglesia de la parroquia y el campo santo sobre el que descansaban los restos de sus difuntos. Las luces del camino volvieron a encenderse rastreando toda la montaña para dar caza a don Mateo, el párroco local, que había huido campo a través nada más ser consciente del ataque a su casa. Mientras tanto, decenas de hombres de Vilameá, Pazos y Súa Torre, las aldeas más cercanas a la iglesia, habían acudido cargados con cubos de agua para tratar de impedir que el incendio se propagase.

Al parecer, los asaltantes se escudaban en alguna declaración de no sé qué cardenal para justificar sus actos. Don Mateo ofició la eucaristía aquel domingo en un recinto con las paredes de piedra de un color negro ceniza y con el rostro visiblemente morado por los ataques de los que había sido víctima.

La situación no mejoraría cuando, un mes después de aquello, la nueva constitución aprobada por las Cortes Republicanas prohibía, entre otras cosas, impartir clases al clero en las escuelas. Don Ramiro, párroco de Vilar y hasta entonces maestro mío en la escuela de O Viñal, dejó de darnos clase por aquel entonces, dejando su plaza a Santiago, un joven alegre de pelo largo y barba de tres semanas.

Los años siguientes no fueron más fáciles que aquellos primeros meses. Mi padre apenas ganaba dinero suficiente como para poder enviar a casa gran cosa. Mis hermanos y yo ayudábamos a mi madre y a mi abuela en el campo y tratábamos de recoger lo que nos fuera posible para comer día a día.

En el invierno de 1936, mi abuela, ya con 85 años, enfermó de gravedad. Pese a las esperanzas que nos daba el médico, nosotros sólo veíamos que cada día iba a peor, cada día le costaba más respirar teniendo que realizar un esfuerzo sobrehumano para poder decir ni tan siquiera una palabra.

Una mañana del mes de julio, mi madre subió como cada día a llevarle el desayuno a la cama.

- Madre, despierte, es hora de desayunar. Venga, tómese esto que ya verá que bien le va. – dijo mi madre mientras dejaba la taza con la leche y el pan de ayer sobre la mesita de noche.

Al ver que mi abuela no respondía, volvió a llamarla otra vez, esta vez ya tocándole en el hombro para despertarla, pero no hubo respuesta.

El 12 de julio de 1936 llovía en la parroquia de Ambía. Tras casi 48 horas de velatorio incesante al cuerpo sin vida de mi abuela, de recibir cientos de pésames por su muerte, de derramar millones de lágrimas por el rostro de mis hermanos y el mío, ese día a las siete de la tarde despediría para siempre a mi abuela guardando para siempre en mi corazón la última imagen que tuve de ella. El silencio compungido acompañó nuestro camino de vuelta a casa aquel día. Ya no nos quedaban más lágrimas que derramar, sólo la tristeza del vacío que había provocado la pérdida de mi abuela.

Cuando llegamos a Vilameá y nos disponíamos a coger el camino que bajaba hacia Acea, un gran revuelo se había montado frente a la escuela. Varios hombres discutían en actitud amenazante unos con otros ante la atenta mirada de todo aquel que pasaba por allí, ajeno a lo que se estaba tratando. Al parecer, ese mismo día habían asesinado al teniente Castillo de la guardia de asalto e instructor de las milicias de las juventudes socialistas y sus milicianos se estaban organizando para implantar su



propia justicia. Y así fue, al día siguiente, un grupo de hombres asaltaría y asesinaría a José Calvo Sotelo, antiguo ministro de Hacienda de la monarquía y jefe del bloque nacional. La noticia corrió como la pólvora de bar en bar, provocando con ello más altercados entre la población, partidarios de uno y otro bando.

Tan solo cuatro días después de aquello, la radio dejó de emitir durante unas horas, volviendo a la emisión clandestinamente en ondas piratas. El miedo se apoderó de la población cuando la noticia del golpe de estado corrió por toda la parroquia. Los vecinos pasaron un par de días pegados al transistor de sus casas o de los bares intentando averiguar qué había pasado. Las milicias comenzaban a organizarse para combatir la guerra que se había iniciado y comenzaban a marchar hacia tierras de Castilla en busca de los sublevados para darles muerte.

A mi padre el inicio de la guerra le cogió en tierras asturianas, donde se incorporó a filas de las tropas del general Franco. Tardábamos meses en tener noticias suyas y, con la llegada de cada carta, se repetía el mismo proceso de alegría y temor de que aquella que teníamos en nuestras manos, fuera la última. Los carteros corrían a diario por los pueblos, convirtiéndose en portadores de buenas, pero también fatídicas noticias.

Una mañana del mes de abril de 1939, llegó una carta a nuestra casa. Mi madre la abrió con rapidez, dentro sólo una nota: “Cariño, la guerra ha acabado. Hemos vencido. Vuelvo a casa.”